

LA ULTIMA ETAPA DE LA MISION PEDAGOGICA

El domingo 8 por la mañana nos despedimos de las maestras de la escuela de la Cuchilla y en un camión, con nuestro cargamento de gitanos, marchamos a la escuela 28, a un par de leguas, hacia el arroyo Caraguatá.

Por el camino los muchachos pudieron ver otra expresión de la desigualdad social. Se dice que en la muerte todos somos iguales. Puede ser que sea así; pero en el entierro las diferencias sociales siguen. Cruzamos un cortejo fúnebre: un carrito "de pèrtigo" de dos ruedas, con el cajón. El acompañamiento a pie y a caballo, detrás. El que llevaba el carrito a la cincha de su caballo, era el bandoneonista de la noche anterior.

EN LA ESCUELA DE ELSA FERNANDEZ

Llegamos a la escuela N° 28, que dirigió la Srta. Elsa Fernández nueve años, y que ahora, por haberla transferido a ella para otro cargo, tiene personal que es nuevo en el lugar. Se nos recibió y atendió muy amablemente, mientras, inmediatamente de llegar, preparábamos la función para esa tarde y organizábamos, además, nuestro campamento.

A las 12 ya había bastante público — pues se había corrido la noticia de nuestra llegada — y a las dos, la escuela estaba repleta.

Comprendimos, por la calidad del público, que aquella zona era más miserable aún que la de la cuchilla.

Esa tarde, durante la función, algunos de los compañeros tuvieron que envolver en sus ponchos a los muchachitos que, helados y tiritando, se habían acercado a ellos.

A media tarde les dimos a todos una comida caliente y reconfortante. Y más o menos bien terminó la función. Pero ya desde ese día proyectamos dar de comer antes de ésta y luego, también, durante un intervalo.

LOS RANCHOS MAS MISEROS

Esa tardecita fuimos con el Dr. Orestes Lacurcia, un magnífico ejemplar de profesional dedicado a su trabajo, a visitar un enfermo. Pero recién al otro día veríamos cosas grandes.

Amaneció el lunes con una manita de soplarle los dedos, pero a pesar del frío nos largamos en recorrida. Los ranchos más próximos —véase otra falla de ubicación— quedaban a más de tres kilómetros.

En el primero de los ranchos nos encontramos con una familia numerosísima. Una vieja parlanchina, hacia el gasto en semiportugués. En lo mejor de la charla vimos unas cabezas que se asomaban furtivamente por la esquina del rancho.

Para entrar en confianza, alguno de nosotros dijo a la vieja:

—¡Cómo habrá sido usted, vieja, en sus tiempos, cuando ahora hace esconden de las muchachas cuando vienen visitas!

—¡Eu no tein culpa! ¡Eles se esconden cuando ven gente! ¡Son muito ariscas!

Con lo que nos tomamos la libertad de sacarlas, a tirones, fuera del rancho. Eran dos chinitas de unos veinte años que, cuando, ya afuera, les habíamos se daban vuelta y pegaban la cabeza contra la pared de terrón.

Convencimos a la vieja de que si no las llevaba esa tarde a la escuela, vendríamos nosotros a buscarlas.

Y en la tarde estaban viendo cine. Cuando les habíamos, escondían la cabeza como lo hicieron antes; pero si nos hacíamos los distraídos, volvían a la pantalla, y hasta reían y todo.

Demás está decir que esto de los muchachos y muchachas que se escondían, era lo corriente. En algunos casos tuvimos que hacerlos salir de debajo de las camas para que nos perdieran el miedo. Después esos mismos iban a la escuela atidos por la función y... por la comida.

CON FOSFOROS A MEDIO DIA

En otro rancho encontramos a un enfermito. Tenía congestión y como iba el practicante con nosotros, entramos a verlo.

El ranchito tenía 4 x 2 y estaba dividido en dos piezas por un tabique.

La puerta de entrada tenía unos 70 centímetros de ancho y de alto sólo daba hasta el pecho. Exactamente hasta el botón de más abajo del cierre del poncho. Pasamos por allí trabajosamente. Era una piqueta de 2 x 1 1/2 con sólo una mesa destartada en un rincón. Pero para ir a la segunda pieza tuvimos que pasar por una puerta, similar a la anterior, pero mucho más pequeña: de alto, alcanzaba sólo al codo.

Dentro de aquella cueva estaba el enfermo, en un camastro, casi desnudo y tapado con una alpillera.

Gómez Gotuzzo, el practicante, pidió que abrieran para que entrara luz. Pero no había más abertura que la puertita y a su solicitud la mujer contestó:

—¿Vocé tein fósforos? Eu tenía un candil mais onte se acabou.

Y así tuvimos que alumbrarnos con fósforos para ver al pequeño. Eran las doce de un día frío y de sol.

Poco después llegamos al último rancho de la recorrida de ese día. El rancho estaba cerrado y en la cocina estaban los habitantes. Esta era una piqueta de 1 1/2 x 2 con tres paredes de chala parada y la otra pared era una planta de transparente, de ese que se usa para los cercos. En torno a un fuegoito formado por tres leñitas que no serían más gruesas que un dedo, estaban acurrucados un viejo, una mujer joven aún y cuatro pequeños de 2 a 6 años. Los niños no tenían otra ropa que un resto de camiseta que apenas les llegaba al ombligo. Estaban duros de frío y por lo visto, ese día no iban a comer. Les hablamos y ni nos contestaron. Como no teníamos otra cosa, uno de los muchachos, conmovido, le dio a la mujer un billete de cinco pesos que una compañera le entregó muy discretamente. Pero al salir nos asaltó una duda y mandamos a la compañera a que hablara claro con la mujer.

Nos contó que la había encontrado acciando el billete sobre el muslo. Y que no sabía que era de cinco pesos. Ni siquiera, pues, conocía el valor del dinero.

Las gentes de estos dos ranchos, no se olvidarán nunca, seguramente de la visita que esa noche, un grupo de ocho o diez les hicieramos, trayéndoles abrigos y cosas calientes para comer. Tampoco talvez sentimos más hondamente al violín de Lasca que esa noche, apretujados en rueda, en torno al enfermito, al que le llevábamos de ese modo un socorro material y una serenata.

ANTES ERA MUCHO PEOR

Un vecino, gente modesta pero acomodada, —por lo menos así parecía— nos salió a la cruzada para llevarnos a almorzar a su casa. Aceptamos encantados. Estábamos cansados y con un hambre terrible.

Fina y amablemente se nos atendió y realmente uno se sentía muy cómodo entre aquella gente sencilla y culta, pese a que turbaba nuestro bienestar, el recuerdo de los cuadros vistos minutos antes.

En Fraile Muerto, los muchachos hacen propaganda para el acto. El cartel es un pizarrón de la escuela.



En la comida, al hablar de nuestra misión, el dueño de casa, un español de modales muy suaves, nos dijo:

—Cuando yo vine, hace veinte a acá las cosas eran mucho peor. Vds. se asustan de ver chicos semidesnudos. Pero los padres de éstos se criaron completamente desnudos. Y sin embargo, ya ven: así y todo se hicieron hombres.

Lo que nos pareció, por cierto, débil justificación de lo que habíamos visto.

DIA DE CARNEADA

En varias ranchos habíamos encontrado carne: un cuarto de vaca de carne negra, sin desangrar, en uno; en otro, una paleta que, se veía, era de la misma vaca; en otro, otra paleta. Ya no aguantamos más y preguntamos:

—¿Estuvieron de carneada estos días? —Sí; —nos respondieron— con la seca las aguadas están muy peligrosas y una vaca, al bajar al agua, quedó empanizada. La encontramos muerta y nos regalaron la carne.

Luego se nos aclaró que el mejor de los casos era éste, ya que la vaca había muerto por accidente —si es que alguno de los mismos que la comían no la ayudó a bien morir—, porque si la muerte era de peste, también comían la carne, bien asada, para quitarle el veneno.

En varios ranchos más encontramos pedazos más pequeños del mismo animal: lo que prueba que se ejerce allí una vaga justicia distributiva.

Mientras nosotros andábamos por un lado otro grupo, por otro, hacía su recorrida. Las muchachas llevaban los titeres y en las puertas de los ranchos —divididas en dos hojas horizontalmente—, cerraban la de abajo y abrían la de arriba, usándolas como retablo. Ellas fueron las que trajeron la noticia de la venta del agua a real la palangana.

En ese grupo iba Lasca. Ha sido esta seguramente, la primera vez que los ranchos de Caraguatá oyeron a un violinista.

TRES DIAS TRABAJANDO

En la Escuela 28 estuvimos tres días. Recorriendo ranchos de mañana; dando función en la escuela de tarde; yendo por la noche a los ranchos más necesitados, a llevarles cosas.

De regreso, aún durmiendo en carpas, no sentíamos ni frío, ni desvelos.

En la escuela dábamos de comer a los niños, a mediolita polenta y por la tarde avena laminada. Después de la polenta cada uno se llevaba una gallina para comer mientras se desarrollaba la función. Como las gallinas se habían endurecido, durante la primera hora no se podía hacer música...

En la Escuela N° 28, el último día, al terminar la función, se acercó a Lasca, que era nuestro jefe, un hombre como de 50 años, andado y de aspecto exterior casi brutal y en su lenguaje, al abrazarlo, exclamó:

—¡Es como si se hubiera roto o techo da escola y Deus fora venido entre nos!

Con lo que recibimos el mejor premio de la jornada.

BORGES Y ELSA FERNANDEZ

Tenemos que hacer justicia a Borges, el médico, y a Elsa Fernández, la maestra. Todos los pobres nos hablaron de ellos con verdadera devoción y no faltó quien, al hablar de Borges, se quitara el sombrero en el momento de nombrarlo.

De Elsa Fernández, nos contaron muchas cosas. Su abnegación, su afectuosidad, sus andanzas de noche, a caballo, para ayudar y socorrer al poverito.

Antes, cuando conocíamos sólo sus libros, no nos podíamos explicar su militancia política en el blanquacevismo. Hoy, militantes políticos nosotros también y en ese terreno adversarios suyos, aún cuando no hayamos podido despejar esa interrogante, nos consideramos en el deber de afirmar públicamente que en Caraguatá el poverito los quiere y los admira. Como una prueba más de ello, cuando regresábamos nos salió un hombre al camino y nos entregó un papellito que copiamos textualmente:

“Otaba de tacuarembó Costa de Caraguatá el Señor Santo “Sarabia desearía que el señor “borges benga y la senorita “Elsa Fernandez”.

El miércoles 11 emprendimos, en el camión, el regreso. A las tres de la tarde llegamos, cubiertos de tierra, a Fraile Muerto. De allí en motocar a Montevideo.

Pero ya aquí nos encontramos distintos. Algo había cambiado —tal vez para siempre— en nosotros. Algo se había roto; o algo nuevo se había forjado.

Andábamos buscándonos unos a otros para revivir aquello. Aún ahora lo hacemos. Y aún ahora, tal vez por mucho tiempo, sentimos la reacción, que nos produce un saco de piel, un sombrero de pluma o un automóvil lujoso y de suave andar.

Porque no podemos olvidar —tampoco lo queremos— aquel panorama de dolor y de miseria que tan de cerca vimos. No podemos, viendo el confort y el lujo que se gasta en la ciudad, olvidar que hay en el país más de cien mil personas —entre ellas por lo menos veinte mil niños— que sufren hambre, que pasan frío y que viven peor que las bestias. Porque lo que vimos en Caraguatá no es sólo de allí, sino que se repite en muchas partes.

Y algo que viene del fondo de nosotros nos dice que debemos empeñar todo nuestro esfuerzo de futuro en la obra de redención que esa misera gente exige. Aunque más no sea para tener la tranquilidad de conciencia de haber luchado por resolver lo que es, sin duda alguna, el más grave problema del país.

J. C.